

Alicante

LA GRIPE



Momentos de Alicante
Gerardo Muñoz

La pandemia de gripe de 1918 causó millones de muertes en todo el mundo. Debido a la censura que existía en los países combatientes en la Primera Guerra Mundial, nada se publicó en ellos sobre la epidemia. Pero en España, país neutral, la prensa informó enseguida de su existencia, por lo que se creyó en el resto del mundo que había surgido aquí, dándole el nombre de «gripe española». Los diarios alicantinos se mostraron indignados. El 11 de octubre, *El Correo* protestaba diciendo que «con cuanta más razón se la podría llamar gripe francesa. Por lo menos en lo que España se refiere, no puede negarse que nos viene de Francia la epidemia». Y, unos días antes, *El Tiempo* informaba de que el principal vehículo de la enfermedad en España «ha sido el paso constante de soldados portugueses que regresan de Francia heridos o enfermos».

En Alicante, el aviso de alerta por la llegada de la epidemia lo dio *El Tiempo* el 13 de septiembre: se habían registrado las primeras invasiones en el cuartel del regimiento de la Princesa. Pero al día siguiente rebajó el nivel de alarma, informando de que no se había producido ningún fallecimiento, aunque sí infecciones en los barrios periféricos, por lo que «el mal, pues, no está aquí».

Pero sí que estaba. El concejal y director de *El Luchador*, **Juan Botella Pérez**, denunciaba el 1 de octubre que «la mortalidad crece cada día de manera alarmante» y, pese a su propuesta en la última sesión municipal de que se tomasen medidas sanitarias de prevención, cuatro días después no se habían adoptado.

En la sesión extraordinaria celebrada el 15 de octubre, el alcalde **Antonio Bono** reconoció que la epidemia había tomado proporciones alarmantes, sobre todo en los barrios más humildes, y presentó una moción con varias propuestas que fueron aprobadas: sanear los barrios Las Provincias, Carmen y Arrabal Roig, adquirir material de desinfección, organizar juntas de beneficencia y pasar al cobro un impuesto especial. Además, al día siguiente se publicó un bando en el que se solicitaban donativos. Previamente, el gober-

nador civil había ordenado el aplazamiento de la apertura de los centros de enseñanza superior y la clausura de los colegios. También se suspendió la incorporación a filas de los reclutas.

Se ordenó mediante bando de la alcaldía que los propietarios de fincas urbanas desinfectaran las aceras de sus casas, se cegaran todos los pozos y se cercaran los solares. Asimismo se ordenó la desinfección, por parte de una brigada, de todas las viviendas donde hubiera habido fallecidos por gripe. Los colchones y ropas de los enfermos eran quemados en estufas de desinfección.

Las calles de Las Provincias fueron regadas con disolución de zotal. Muchos vecinos de esta barriada situada en la falda del Benacantil fueron desalojados. El Ministerio de la Guerra cedió el castillo de Santa Bárbara para albergarlos, pero la mayoría prefirió marchar a otras poblaciones.

Tabarca fue otro de los lugares donde la epidemia tuvo mayor incidencia. Casi la totalidad de los isleños cayó enferma, incluido el practicante **Miguel Aldeguer**. El alcalde envió al médico **Pascual Pérez Martínez**, decano de la Casa de Socorro, quien le propuso a su vuelta que nombrase provisionalmente a otro practicante, **Vicente Burló Pares**, pagándole 12'50 pesetas diarias mientras tuviese que permanecer en la isla. El alcalde accedió y Burló estuvo en Tabarca 17 días, atendiendo a 115 enfermos.

Otro bando de la alcaldía del 4 de octubre ordenó que los fallecidos por la epidemia de gripe fueran trasladados al cementerio por el camino más corto y en el menor tiempo posible. Pero doce días después *El Tiempo* denunciaba que en el Hospital Provincial había desde hacía dos días «dos cadáveres ocasionados por la gripe, sin que la funeraria haya efectuado su traslado al cementerio a pesar de los requerimientos que le han sido hechos».

El 15 de octubre, el alcalde envió un oficio a **Diego Llopis**, empresario

y contratista de los servicios de pompas fúnebres «La Siempreviva», recordándole que los coches fúnebres debían ser «lavados a la puerta del Cementerio, después de cada conducción, con una fuerte solución antiséptica». Y tres días después el alcalde ordenó al jefe de la Policía Urbana que verificara las denuncias que se habían presentado, según las cuales eran los parientes y amigos de los fallecidos quienes debían trasladar a éstos hasta el carruaje de la funeraria. Llopis alegó que su empresa solo tenía la obligación de trasladar los cadáveres desde la puerta del domicilio a la del cementerio, y que «solo cuando la familia de los difuntos encargan que busque personal para hacer el traslado de la habitación al carruaje y desde este al interior del Cementerio, lo busca con cargo a la familia». El inspector de Sanidad, doctor **Gadea Beneyto**, corroboró que las Ordenanzas Municipales dejaban claro que la empresa de pompas fúnebres tenía la responsabilidad de trasladar los ataúdes desde el domicilio del difunto hasta el lugar de la inhumación. En tanto se resolvía esta discrepancia, los camilleros de la Cruz Roja se ofrecieron para transportar los cadáveres desde las habitaciones mortuorias a los coches fúnebres.

El Ayuntamiento prohibió la tradicional visita al cementerio de San Blas el día de Todos los Santos e inauguró el 20 de octubre el nuevo camposanto, situado en el paraje denominado El Toll. Fue una apertura precipitada pero imprescindible.

Muchas fueron las medidas preventivas que se proponían para evitar la gripe y que aparecían en los periódicos. Algunas eran sensatas, como las que advertían del contacto físico, especialmente con personas infectadas, pero dejando claro que el aislamiento de los enfermos era ineficaz. «El beso y los apretones de manos deben ser proscritos en general», aconsejaba el doctor **Mangada** en *Diario de Alicante*. Y como era sabido que el contagio se producía también por medio del aire contaminado, se aconsejaba a quienes cuidaban a los enfermos que utilizaran compresas de gasa que cubriesen boca y nariz, a modo de mascarillas, o prote-

giendo las fosas nasales con vaselina boricada y la garganta con gargarismos de agua salada.

Otras propuestas de profilaxis personal eran más extravagantes, como la que hizo *Diario de Alicante* el 22 de octubre: un remedio casero hecho por unos ladrones franceses durante la epidemia de peste que hubo en Marsella en 1712, que entraban en las casas de los enfermos sin contagiarse, recogida por **Fermín Abella** en el «Tratado de Sanidad y Beneficencia» editado en 1885. Consistía en ocho libras de vinagre mezclado con una onza de alcanfor y un puñado de hierbas, con cuya infusión había que frotarse las sienes y las narices, enjuagarse la boca varias veces al día y empapar con ella una esponjita que había que llevar a la nariz cuantas veces fuera necesario.

Mucho más inquietante era el medicamento contra la gripe del que habló *El Tiempo* el 2 de octubre y que, según decía la prensa madrileña, se estaba empleando en Francia: «unas inyecciones intravenosas de metales de estado coloidal, siendo de preferencia el oro». Y añadía: «Estas inyecciones son las mismas que el inspector provincial de Sanidad usó en Pego, obteniendo el favorable resultado que esperaba».

Por supuesto, no faltaron quienes aprovecharon la ocasión para publicitar sus productos en la prensa, como el «antigripal del doctor Sebastián», de venta en farmacias por 2'25 pesetas el frasco, o «Quit», un desinfectante que convertía el aire en antiséptico «antes de penetrar en nuestros pulmones», o «Iodasa», un «tónico depurativo» a base de yodo. Esto de tratar la gripe con yodo empezó a tener bastantes adeptos cuando el doctor **Andrés Sobrino Álvarez** publicó un artículo en una revista médica (citado por *El Tiempo* el 23 de octubre), en el que aconsejaba el consumo diario de unas gotas de yodo.

Mientras tanto, seguían sucediéndose las infecciones y fallecimientos. El día con mayor número de defunciones, según *Diario de Alicante*, fue el 25 de octubre: 36. Pero a partir de ese día se apreció una mejora: «Se afirma cada vez más la impresión optimista que vamos teniendo desde hace días» (*El Correo*, 30-10). «Ya concebimos esperanzas» (*El Tiempo*, 6-11). «No hay nuevas

invasiones (...), en las farmacias han desaparecido las colas» (*El Tiempo*, 7-11). Aun así, los fallecimientos a causa de la gripe siguieron produciéndose hasta bien entrado el mes de noviembre.

En Alicante murieron 342 personas debido a la epidemia de gripe. Entre agosto y noviembre de 1918 el número de infectados debió superar los 30.000, ya que «la proporción de atacados en caso de epidemia no baja de un 40 o un 50 por 100», según el informe que el doctor **Coll** entregó en Madrid a la Junta de Sanidad gubernamental a primeros de octubre de aquel año, y Alicante rondaba los 70.000 habitantes.



Óleo de José Soriano de 1896.